

---

## La iluminación: una inmediatez silenciosa

*George-Henri Melenotte*

Traducción: Graciela Leguizamón

Toda publicación, ya sea oral o escrita, no sólo es una botella arrojada al mar destinada a un lector o a un auditor desconocido, sino que también es una apuesta a la manera en que se leerá su mensaje. “Sublevación” no deberá constituir una nueva *doxa* sino demostrar la fresca oportunidad de su hallazgo. Nos encontramos en ese momento único en el que la invención que acaba de hacerse no entró todavía en el comercio de los conceptos analíticos. En los días, incluso en las semanas posteriores a una invención, se abre una ventana hacia la oportunidad de su captación, aun antes de que la tradición haya hecho por ella un pasaje obligado. Es un momento de libertad en el que, poco importa el inventor, lo que debe recogerse es la perla, sin el respeto debido a la autoridad de la cosa sabida. Es el instante de una ráfaga de aire que desobstruye las vías agotadas de la repetición de palabras trilladas.

La iluminación muestra la necesidad de la libertad. Ella es la condición de su ejercicio. Ese hilo de la libertad muestra algo paradójico, porque el iluminado ¿no está acaso bajo el imperio de su iluminación, y por eso mismo muy poco libre para dar testimonio de ella con la menor libertad? Nos apoyaremos en algunos soportes para demostrar la necesaria apuesta sobre la libertad que supone la iluminación.

“Iluminación” es un término propuesto por Allouch hace mucho tiempo pero que sólo se usa desde hace poco. Al retomar esta cita,

Pero, al releer a Foucault, una iluminación nos llega: ese nudo borromeano, ¿no volvería a anudar, más allá de la captura de la locura en la sinrazón, con la experiencia trágica visionaria, silenciosa, de la locura? Lacan, con su ternario y luego con la problematización borromeana de sus tres dimensiones, ¿habría cuestionado la locura hasta llegar a retomar, de su experiencia, lo que el Renacimiento había excluido de ella haciendo triunfar la (sin)razón?<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Jean Allouch, “Interprétation et illumination”, en *Littoral* 31/32, París, Epel, 1991, p. 64.

---

Se constata que, tal como escribe Allouch, esta iluminación le llega. Él no da sus razones. No busca ninguna demostración, ninguna justificación. Se le impone, como un saber que surgiría vaya a saber de dónde, que se plantearía como luminoso, dando al presente y al porvenir una claridad completamente particular, en suma, un saber que aquí se presenta como una interrogación, cuando debería presentarse como una certeza. Pero una certeza particular, si es indemostrable, está sacudida de incertidumbre. La iluminación es una certeza incierta. Este es el estatus que debe darse a la iluminación, tal como Allouch lo expresa.

¿En qué consiste? En plantear, aunque sea de manera muy simple, que el nudo borromeano tal como Lacan lo produjo hacia el final de lo que se llama su enseñanza, es la manera en que este último ha retomado por su cuenta “*la experiencia trágica visionaria de la locura*”. El nudo llevaría en su nodalidad esta experiencia, como se lleva algo sin saberlo, una enfermedad en su fase asintomática, o cuando una mujer lleva un niño en su vientre sin saberlo aun. El nudo lleva la locura sin saberlo. Tal es la iluminación de Allouch que, él, lo sabe. Plantea esta aserción como luminosa y, sobre todo, como decisiva para la dirección que dará a su trabajo. El nudo del que Lacan decía que era su decir, se desdobra del decir de Allouch que pasa por su iluminación.

Conceder tal lugar a lo indemostrable, darle el valor de un axioma sin excluir que sea falso, es una de las características de la iluminación. Por el solo hecho de imponerse como una evidencia, ella da testimonio de una libertad sin igual con respecto a la razón, que nunca avanza sino por la prueba y el cálculo de la demostración.

Por lo tanto, la iluminación interroga la científicidad del psicoanálisis. Aunque no podría ser una ciencia, él no deja de tender hacia ella. Por este hecho, la iluminación está muy próxima a la del sabio, como el Galileo<sup>2</sup> de Brecht que está animado por la creencia inquebrantable en el heliocentrismo, aun cuando las autoridades eclesiásticas le oponen, de un modo igualmente argumentado, la ventaja de la doctrina ptolemaica. En ese momento de creencia, no se sabe si Galileo tiene razón. Sólo se lo sabrá más tarde. Su intuición iluminativa revolucionó la ciencia de su tiempo. Pero, en rigor, no se volvió científica más que cuando fue demostrada.

¿Cuál es el enunciado de la iluminación que sacude a Galileo? Sigamos el texto de Brecht. Galileo habla: “*El universo entero ha perdido de la noche a la mañana su centro y al amanecer tenía miles, de modo que ahora cada uno y ninguno será ese centro*”.<sup>3</sup>

La idea que sacude a Galileo va contra el sentido común. Debió armarse de valor, ya que ella va contra la evidencia. Al igual que Valentin Retz quien, en *Negro perfecto*,<sup>4</sup> no

---

<sup>2</sup> Bertolt Brecht, *Galileo Galilei*, Ediciones Losange, Buenos Aires, 1956.

<sup>3</sup> Ibid. p. 8.

<sup>4</sup> Valentin Retz, *Negro perfecto*, Me cayó el veinte/Agalmata, México, 2016.

---

sabía si se había encontrado con un pastor o con un dios, poco le importa a Galileo el hecho de ir contra la evidencia. Porque dejar a los astros suspendidos en el espacio surge de la pura absurdidad para quien no supone que los objetos puedan flotar solos.

Pero la idea no es tan inocente. Arrastra con ella un oleaje de consecuencias sediciosas de las cuales una desafía el orden de los hombres y del mundo: en ese movimiento de la tierra alrededor del sol, ya no es el orden que reina sobre la tierra lo que importa, sino más bien el de la física nueva. Por un atajo vertiginoso, los pescadores, los mercaderes, los príncipes y cardenales, e incluso el mismo papa, son sólo los pasajeros de un mismo barco en el cual, con perfecta indiferencia hacia su condición social, están destinados, indistintamente, a girar alrededor del sol.

El orden antiguo según el cual no había más que un centro en el mundo, la tierra, y más allá de ella el papa, se derrumba. El universo se convierte en un vértigo cuyo centro evidentemente desaparece. En el espacio de una noche, en lo repentino de la iluminación, el mundo cambió de naturaleza. Lo que se consideraba hasta entonces adquirido, ya no lo es de allí en más.

De esto se deduce que la verdad está en cuestión y que las creencias milenarias sobre las cuales se fundaba ya no están. Galileo dialoga con sus amigos.<sup>5</sup> Entonces aparece, de manera muy clara, que lo que se opone a su visión es el argumento de autoridad. Él debe callarse porque no está calificado. ¿Cómo puede pretenderse mejor físico que Dios, que creó el universo? ¿Cómo puede olvidarse de que es su criatura y de que pretender saber más que el Creador sobre la creación es salir del rango de sus hijos y pecar de vanidad? Finalmente, no es teólogo, sobrepasa su función al autorizarse a decidir allí donde sólo hay que obedecer. Al rebelarse contra semejante suma de autoridad, al desafiar el orden de la naturaleza y el orden de los hombres tal como Dios lo quiso, Galileo hace acto de libertad. Desafía al mundo más allá del entendimiento, pero en nombre del entendimiento. ¿De dónde le viene la fuerza de esa libertad, cuando choca de frente con la autoridad del mundo? La libertad no es un trabajo fácil. Es el enfrentamiento contra encierro en el mundo. Foucault vio perfectamente cómo, con el asilo y la prisión, no se trataba solamente de encarcelar al loco y al criminal, sino también a todo el mundo en los lugares donde la libertad estaba ubicada en los espacios del régimen disciplinario.

Esta cuestión de la libertad concierne ante todo al análisis. Porque los sinsabores de Galileo con la Santa Inquisición no hacen más que dar testimonio del precio de la libertad cuando ella se declara y se traduce en acto. Lo mismo vale para el loco que se recibe en análisis a pesar del sentido común, que preferiría que se lo encierre para protegerlo de él mismo y proteger también a su familia. Muy recientemente, Allouch decía esto:

---

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 72.

---

Concebir el análisis como un ejercicio espiritual es exactamente eso: ir al encuentro del analizante en tanto él ejerce su libertad hasta en los más desafortunados sinsabores de su existencia.<sup>6</sup>

*Ir al encuentro de* no significa solamente recibir sino también dar un paso en dirección al analizante, y su correlato es la salida del analista de la inmovilidad de la esfinge. Ir al encuentro del analizante en el ejercicio de la libertad que le ofrece el análisis, es contribuir a abrirle el espacio propicio para este ejercicio. Esto se produce en el tornasol de la eventual significación iluminativa que le hace dar el paso particular de su libertad en discordancia con el marchar derecho de su educación. Supone un movimiento horizontal del analista hacia el desafortunado que se revuelca con esa libertad que lo yergue contra el acarreo de las creencias y la sumisión a esa ficción de una trascendencia absoluta, depositaria del orden inmutable de las cosas. *Ir al encuentro de* es entonces una expresión central de la práctica analítica. Supone una movilización del analista, una puesta en movimiento espiritual que le hace despejar, en el camino del analizante, el espacio de su avance hacia la libertad. Supone también que retrocede cada vez que este último da un paso adelante, para que nunca tenga ante él más que un espacio libre. Por lo tanto, no hay lugar para sorprenderse de que la revelación iluminativa de Galileo lo lleve a los peores sinsabores con Dios. Porque en materia de aparato de control de los espíritus, la Iglesia concuerda muy bien, ya que es uno de ellos. Y Dios concuerda con ella para confiscar las iluminaciones. Reacciona muy mal cuando una de ellas pone en duda su existencia.

El Inquisidor que habla a Urbano VIII, el ex cardenal Barberini y protector de Galileo, no es ningún tonto. Leámoslo:

Desde que navegan –no tengo nada en contra de ello– ponen su confianza en una esfera de latón que llaman el compás, y no más en Dios. Ese Galilei ya de jovencuelo escribió sobre las máquinas. ¿Con máquinas quieren hacer milagros? ¿Qué clase de milagros? De todos modos ya no necesitan más a Dios, pero, ¿qué clase de milagros serán esos? Por ejemplo no deberá existir más un arriba y un abajo. Ellos no lo necesitan más.<sup>7</sup>

No se puede decir mejor la libertad. Ya no hay necesidad de milagros divinos si las máquinas los hacen. Ya no hay necesidad de lo alto y de lo bajo en la jerarquía, de la crianza educativa o correccional. El mundo se extiende, se estira en la horizontalidad de una libertad de la que Freud descubrió que se aliaba con la posición en el diván. La asociación no se llama libre, es libre, es el ejercicio de la libertad en el lenguaje. Él indica que se trata de una palabra desembarazada de toda crítica.

---

<sup>6</sup> J. Allouch, “Du psychique, du spirituel du religieux”, 2016, Colloque Espace analytique, *La Psychanalyse et le fait religieux*, <http://www.jeanallouch.com/rubrique/4/interventions.html>

<sup>7</sup> B. Brecht, *op. cit.*, p. 56.

---

El elogio de la libertad de Galileo viene del Papa mismo, cuando dialoga con el Inquisidor. Habla de Galileo: “*Galilei conosce más placeres que cualquier otro. Piensa de puro sensualismo. No podría negarse ni a un nuevo pensamiento ni a un viejo vino.*”<sup>8</sup> El hombre iluminado por un sistema del mundo que contraviene la pirámide de las jerarquías humanas y que desafía la Biblia, encuentra el reconocimiento de su libertad en el mismo que la combate. De la iluminación de Galileo, Urbano VIII dice que es la marca misma de este hombre. Porque, como toda iluminación, la de Galileo tiene un perfume de prohibido. La persecución es allí la que vigila y censura. Donde el Inquisidor prohíbe, Galileo acepta, piensa y disfruta. No tiene prejuicios. Y por eso puede acoger los resultados de su cálculo y de su observación. Su libertad reside en que el orden del mundo no es una razón para decir no a esa locura que lo hace salir del reino de los cardenales y de los príncipes. Simplemente, su locura lleva “*un pensamiento nuevo*” y nada, según las verdades de su tiempo, lo apartará de la luz que arrojó sobre el mundo desde esa noche en la que, repentinamente, descubrió que nos movemos.

Para Galileo, la sentencia es pronunciada. Poco importan los satélites de Júpiter y las fases de Venus, poco importa el apoyo de los astrónomos del *Collegium Romanum*, el Santo Oficio decretó que la teoría de Copérnico era loca, absurda y herética a la luz de la fe.

Allouch destaca la posición de Freud sobre la delicada cuestión de la libertad. La naturaleza del síntoma freudiano que es la de un compromiso, indica hasta qué punto, para este último, el ser agobiado por el síntoma no podría ser libre, aun cuando intentara emanciparse de él. En su práctica, Freud será llevado a veces a intervenciones pesadas e intempestivas. Tal como lo muestra Gloria Leff, en el análisis que él lleva a cabo con Elfriede Hirschfeld,<sup>9</sup> no le deja ninguna libertad en la interpretación, lo que hace que, inevitablemente, el análisis fracase. El asunto no radica en el hecho de que Freud tenga o no razón. Ella no se sostiene solamente en su posición de saber. Reside en su desconocimiento de que el análisis es un ejercicio espiritual operado por el analizante, en el que la tarea analizante no es otra cosa que un ejercicio de libertad.

Allouch, en la misma intervención de marzo de 2016, en *Espace Analytique*, dice esto:

Similar a cualquiera en este punto, el analizante no se reduce a ese ser doblegado bajo la necesidad (*ananké*) que Freud describe a veces. Sigue siendo un ser que ejerce su libertad y sólo acogiéndolo en tanto tal, es que un análisis tiene alguna chance de operar.<sup>10</sup>

Hay una apuesta inicial del analista sobre el analizante. No es un examen previo que permitiría al analista plantear la indicación del análisis en un sujeto y no en otro. No

---

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 57.

<sup>9</sup> Gloria Leff, *Freud atormentado, errancias con Elfriede Hirschfeld*, Epee, México, 2016.

<sup>10</sup> J. Allouch, “Du psychique, du spirituel du religieux”, *op. cit.*

---

está alejada la época en que la psicosis era enseñada en las formaciones analíticas para impedir que los futuros analistas cometieran el error de analizar personas que sólo podían padecer la experiencia. A diferencia de la observancia de esas contraindicaciones, la apuesta del analista no se pregunta sobre el perfil de su analizante. Él apuesta *a priori* que será capaz de hacer como con cualquiera, es decir, a ejercer su libertad en el análisis.

En *El maestro ignorante*,<sup>11</sup> Jacques Rancière se interroga sobre el método pedagógico de Joseph Jacotot. La idea original de Jacotot consiste en que es posible aprender apoyándose en un no saber. La intención de Rancière es totalmente política. Para lograrla, el proyecto de Jacotot supone la igualdad de las inteligencias y lo bien fundado de la oposición entre la emancipación intelectual y la instrucción del pueblo. Su posición de partida es simple: hay que derribar el sistema explicativo:

La explicación no es necesaria para remediar una incapacidad de comprensión. Todo lo contrario, esta incapacidad es la ficción que estructura la concepción explicadora del mundo. El explicador es el que necesita del incapaz y no al revés, es él el que constituye al incapaz como tal.<sup>12</sup>

Porque, prosigue refiriéndose a Jacotot, “*explicar alguna cosa a alguien, es primero demostrarle que no puede comprenderla por sí mismo.*” La explicación es la parábola del mito del pedagogo. A partir de la explicación, el mundo se dividirá “*en espíritus sabios y espíritus ignorantes, espíritus maduros e inmaduros, capaces e incapaces, inteligentes y estúpidos.*” Rancière explica: el mal está en la palabra “comprender”. Es la que “*frena el movimiento de la razón, la que destruye su confianza en sí misma, la que la expulsa de su propio camino rompiendo en dos el mundo de la inteligencia.*” El pequeño *explicado* está sometido a la más dura férula que exista. Le está prohibido comprender cualquier cosa si no transita el pasaje obligado por el que explica. Nunca estará capacitado para comprender por él mismo. Llega a tener que pasar siempre por las explicaciones del maestro sin el cual no imagina poder comprender lo que sea que se le presente.

Ahora bien, educar, según Jacotot, no es instaurar al maestro como indispensable. Rancière relata cómo, al igual que Descartes que probaba el movimiento andando, o Maine de Biran que tomaba en cuenta los hechos del espíritu actuando, Jacotot descubrió que sus alumnos extranjeros podían aprender por ellos mismos el francés sin tener que pasar por explicaciones. *Totalmente solos, ellos habían aprendido a hablar y a escribir en francés.* Su única recomendación, una vez que les había dado a leer un texto de Fénelon, fue pedirles que se las arreglaran solos, sin la intermediación de su

---

<sup>11</sup> Jacques Rancière, *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*, Laertes, S.A. de Ediciones, Barcelona, 2002.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 8.

---

inteligencia de maestro que les habría hecho creer que, para aprender francés, debían pasar por él. De este modo, prosigue Rancière, cada uno podía aprender solo y sin maestro explicador. Eso surgiría de su propia voluntad, que respondería ya sea a su deseo o a las dificultades del momento.

De esta experiencia de Jacotot, Rancière extrae la conclusión siguiente. Jacotot había enseñado algo a sus alumnos sin jamás transmitirles nada de su propio saber. Al abstenerse de impartirles la menor enseñanza, les daba la posibilidad de descubrir de manera libre su propia relación con el texto. Borrándose, dejó que sus alumnos se ejercitaran con total libertad. El atontamiento explicador no funcionaba más. La emancipación se alcanza cuando tiene lugar el acto de una libertad que no tiene relación más que con ella misma. Rancière indica hasta qué punto esa libertad no puede apoyarse sino en la confianza en la capacidad intelectual de todo ser humano.<sup>13</sup>

El análisis apuesta a la capacidad de cada uno para ejercer con confianza su libertad. No a enseñar cómo hacerlo, hay allí una necesidad en el ejercicio del analista. Recibir al analizante dándole sus posibilidades al análisis, vuelve a oponer un rechazo categórico al atontamiento de la explicación.

En la iluminación, son los encuentros los que jalonan un recorrido. Son efímeros y proceden de visiones. En su comentario de *Negro perfecto* de Valentin Retz, Allouch advierte que los encuentros del autor presentan muchas singularidades como esta: en cada visión, no se trata de la persona presente sino de algún otro. “*La iluminación, escribe, transforma la percepción común en aparición.*”<sup>14</sup> Esas apariciones hacen cadena. Desarrollan un régimen particular que difiere del régimen del significante. Será “*el régimen de las iluminaciones, no según el de las interpretaciones, ni el del signo, tampoco del significante.*” Como el sueño que abandona la escena, las iluminaciones se evaporan. Sólo duran un tiempo: “*Son como esas lágrimas de dolor que evocan los relatos que se cuentan a los niños: se vuelven torrentes, después lagos, y se aplacan.*”<sup>15</sup>

Los fásmidos<sup>16</sup>, dice Georges Didi-Hubermann, son animales bastantes extraños. Su nombre proviene de la palabra griega *phasma*, que significa forma, aparición, visión, fantasma y, en consecuencia, presagio. Didi-Hubermann los clasifica bajo una rúbrica

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 12.

<sup>14</sup> J. Allouch, *L'Autre sexe*, Epel, París, 2016, p. 133. [De próxima aparición en español. La traducción es nuestra. N. de T.]

<sup>15</sup> *Ibid.*

<sup>16</sup> Fásmido (*Phasmida*, del griego antiguo: φάσμα *phasma*, aparición o fantasma), son un orden de insectos [neópteros](#), conocidos comúnmente como bichos palo o insectos palo. Son un grupo especializado en el camuflaje (*cripsis*) con colores, formas y comportamientos extraordinarios que los confunden con la vegetación sobre la que habitan y de la que se alimentan (N. de T.).



particular, la de –dice– esas “*pequeñas cosas aparecientes*” de las que señala el género accidental.<sup>17</sup>

Las visiones en las iluminaciones son parecidas a los *fásmidos*. Son visiones que parecerán minúsculas, siempre fortuitas, incluso sin interés, pero que serán tanto más sobrecogedoras cuanto que, cargadas con el carácter de la aparición, emergen de manera inopinada donde no se las esperaba, acompañadas, según las veces, por la sorpresa, el dolor, el espanto.

Pueden formar cortejo. En esa dirección, Allouch habla del carnaval. Esas personas aparecientes, distintas a ellas mismas, parecen disfrazadas. Llevan otra ropa que la suya. Son seres ficticios pero al mismo tiempo están efectivamente allí, hechos a la vez de la materia de la que estamos hechos, y de papel o de adornos ridículos. Están sólo un instante. En la contratapa de su libro Allouch, de forma abreviada, da a esos seres de encuentros una localización y un estatus muy particular:

Allí donde la relación sexual hace falta, los partenaires son tanto personajes como teatro de un Otro inexistente: mujer, virgen, histérica, hombre, vir, virgo, dama, bonachón, buena esposa a los que se agregará, con Michel Foucault, el maestro antiguo, las mujeres, el muchacho, la esposa.<sup>18</sup>

¿Cuál es la escena de este sorprendente teatro de un Otro inexistente donde se mezclan tantos partenaires? La escena sería sexual, sin duda, pero ¿cómo se presenta el partenaire si está hecho de papel maché? La lista citada aquí es coherente. Los partenaires de esta extraña escena no son catalogados por eso *como siendo* simples personajes de teatro. *Son tanto* los personajes *como* el teatro. Lo que es una manera de decir que no son las personas reales que se encuentran en la vida, son personajes que no existen y que sin embargo se encuentran en una escena en la que están efectivamente con su vestuario de teatro. Actúan un personaje pero la persona que carga con el personaje no es la misma. Hay una convención de impostura que está al principio del encuentro. El juego de la verdad es falseado. Detrás de sus señuelos que aparecen encarnados, se anida una inexistencia que da a esos títeres en ropa de gala su alcance de verdad.

Allouch da la lista, bastante larga, de esos seres fabricados que fueron tantos otros encuentros de Lacan. Hablando de Lacan y de su carnaval, Allouch escribe:

Allí está, al menos al comienzo, el grupo incompleto de figuras diagnósticas, el paranoico, el histérico, el obsesivo, el fóbico, el perverso – “incompleto” porque el esquizofrénico y el melancólico casi no han sido vestidos.

<sup>17</sup> Georges Didi-Hubermann, *Phasmes, essais sur l'apparition*, éditions de minuit, París, 1998, p. 11.

<sup>18</sup> J. Allouch, *L'Autre sexe*, op. cit. [La traducción es nuestra. N. de T.]



---

El carnaval lacaniano los pone en pie de igualdad con esos otros seres, también fabricados, que son la madre (omnipotente en la ocasión), el padre (hay tres, uno real, el otro imaginario y el tercero simbólico), el niño, el maestro, el analista (tres categorías: las suficiencias, los zapatitos y las beatitudes), el universitario, el filósofo, el artista, etc.

Se distingue, siempre en la igualdad del tratamiento carnavalesco, un tercer grupo compuesto de personas que dibuja, que bosqueja la palabra o la pluma de Lacan; está compuesto de todos los autores que menciona, por ejemplo Melanie Klein la tripera, y muchos otros que pesca su ironía a veces devastadora, de la que Freud, en algún momento, pagó el precio.

Un cuarto grupo se puede distinguir en razón de que ha dado lugar a la invención, llegada tarde, de un registro sexual específico, diferente de lo que el análisis (Lacan incluido) entendía hasta allí bajo el término "sexualidad". Estos van en pares, al menos, así se lo cree: hombre/mujer, macho/hembra, bonachones/bonachonas, vir/virgo. Finalmente, no se olvidará a Lacan mismo, disfrazado de Lacan, feliz como un papa en medio de un desfile. Ese registro es el mismo, irónico, que describe David Halperin cuando observa que toda reunión de gays conforme a lo que los participantes esperan, debe comportar dos personajes por partida antitética: el tipo lindo y la loca furiosa.<sup>19</sup>

El papa también está en la larga lista de seres fabricados que, en la escena de Brecht, llevan tantos nombres como encarnan las secularidades de los partenaires de Galileo: Galileo Galilei, Andrea Sarti, la señora Sarti, su madre, la gobernanta, Ludovico Marsili, joven rico, el señor Priuli, curador de la universidad de Padua, Sagredo, amigo de Galileo, Virginia, hija de Galileo, Federzoni, pulidor de lentes, el Duque, los miembros del Consejo, Cosme de Médici, gran duque de Florencia, el Mariscal de la Corte, el teólogo, el filósofo, el matemático, la dama de honor de cierta edad, la joven dama de honor, un lacayo, el gran duque, dos religiosas, dos soldados, una mujer vieja, el prelado gordo.

Esta enumeración da una idea de lo que pueden ser esas presencias iluminadoras que aparecen, formando la serie de los encuentros del personaje de Galileo. Galileo forma parte de la lista. Está en la escena actuando su personaje. Es lo mismo que decir en qué medida, detrás del hábito del gran matemático, se transparenta el vacío del ser de carne y hueso que nunca ha lidiado más que con visiones en serie con las que dialoga sin cesar. Ese diálogo no debe engañar sobre el carácter silencioso de la iluminación. Porque de entrada, si esos partenaires se presentan como seres de paja, no dan a la certeza iluminativa un alcance simbólico. La iluminación será en primer lugar

---

<sup>19</sup> J. Allouch, "Du psychique, du spirituel du religieux", op. cit.

---

silenciosa, inmediata, desde el principio. Los comentarios, las explicaciones y las formalizaciones vendrán después.

La iluminación es una aventura subjetiva destinada, por su carácter provisorio, a su extinción como el agua que se evapora por la acción del fuego. ¿Cuál será el efecto subjetivante de esas iluminaciones que se suceden, de esos signos que no tienen nada que ver con el significante y que sin embargo interpelan al sujeto? Allouch:

Su libertad, el sujeto no la conquista sólo estando en movimiento, en permanente transformación, sino [...] que ella tomará cuerpo o, para decirlo mejor, “carne”, [...] se encarnará cuando ese sujeto, al término de su recorrido, se encuentre regulado por la inexistencia del Otro, que es también la ausencia del goce del Otro y de la relación sexual.<sup>20</sup>

El resultado de esta puesta en movimiento espiritual sobre la iluminación, es que el analista no podría ser un alumno aplicado, el monje del significante que iría a confesar a su supervisor no bien tuviera el capricho de derogar la sacrosanta interpretación, que debe basarse totalmente en el equívoco significante. En la medida que su práctica se abre al ejercicio de la libertad, no podrá sostenerse en el manejo puro y simple de la interpretación simbólica. Acogerá los momentos en que, para su analizante, un signo se pone a hacerle signo, sin que forzosamente, como se dice en psicología, las palabras hayan sido puestas encima. También estará atento al hecho de que él mismo puede emitir signos y ser un personaje para su analizante. El saber que el analizante extraiga de eso lo comprometerá subjetivamente, tanto como un significante para otro. En su claridad silenciosa, la iluminación vehiculiza un saber en espera de su certeza, lo que no le impide tener un efecto subjetivante insospechado y desconocido para aquél que encuentra en el manejo simbólico la única llave de acceso a la verdad, aunque sea en un decir a medias [*mi-dire*].

---

<sup>20</sup> *Ibíd.*